

LA NOCHE DE LAS HIENAS

MALPASOYCIÓN

Johann Zarca (Francia, 1984). Creció en Bry-sur-Marne, en Val-de-Marne. Tras unos estudios de periodismo interrumpidos y una sucesión de pequeños trabajos relacionados con la alimentación, empezó a escribir. Se hizo conocido por su blog *Le Mec de l'Underground*. Ha publicado diversas novelas, entre ellas *Le Boss de Boulogne* (2014), *Phi Prob* (2015), *P'tit Monstre* (2017), *Paname Underground* (2017), con la que obtuvo el Prix de Flore ese mismo año, *Chems* (2021) y *Drag* (2023). El autor se ha convertido en una voz de la literatura radical francesa, marcada por un estilo oral. *La noche de las hienas* es su novena novela publicada.

JOHANN ZARCA

LA NOCHE DE LAS
HIENAS

TRADUCCIÓN DE SÒNIA BAGUÉS

MALPASOYCIÀ

MALPASO

BARCELONA MÈXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Título original: *La nuit des hyènes*

© Johann Zarca

© Éditions Goutte d'Or, 2022

Esta edición se publica por acuerdo con Éditions Goutte d'Or, en colaboración con sus agentes debidamente designados Books And More Agency #BAM, París, Francia, y The Ella Sher Agency. Todos los derechos reservados.

© Traducción: Sònia Bagués

© Malpaso Holdings S. L., 2024

Riera de Sant Miquel, 30, sótano 3

08006 Barcelona

www.malpasoycia.com

ISBN: 978-84-19154-83-5

Depósito legal: B-12424-2024

Primera edición: 2024

Impresión: Romanyà Valls

Imagen de cubierta: Ezequiel Cafaro

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

CAPÍTULO 1

Zyed se despierta sobre las seis de la tarde, con resacón, la cara arrugada, la marca de la almohada dibujada en la frente. Empapado de sudor, permanece en coma un buen rato sobre el colchón, pensando en algunas cosas, en la noche anterior, repasando lo que hizo, desde el atardecer hasta el amanecer, pero al final, recuerda muy poco. Otra noche, nada más, simple rutina de noctámbulo. Pero se acuerda de haber estado fumando con Jacko, un tipo que le cae bien. Jacko le da al crack, va por mal camino. La piedra lo matará, seguro.

Hecho polvo, Zyed se incorpora, se sienta en el borde de la cama. Su casa no está muy limpia, pero tampoco es una pocilga. Su cuartucho es más que nada un despelote, y está lleno de polvo. A Zyed no le gusta la mugre, ni los microbios, ni las bacterias, pero soporta el desorden y los ácaros. Se levanta, bosteza y se estira, y su mente desconecta. Se queda paralizado, sin pensar en nada, con el cerebro en blanco. Tiene ausencias, cada vez más, y va a empeorar, fijo, con todo lo que se mete. Despiértate, joder! Se sacude. Joder, vaya bloqueo. La acidez le quema el estómago, un mal sabor le perfuma la boca, sabe que le apesta el aliento, *heavy*. Llena la tetera de agua, la enciende, recupera un vaso en el fregadero y le echa café soluble. Su casa es muy pequeña, como mucho diez metros cuadrados. Un cuchitril, un tugurio alquilado a un explotador, un hijo de perra, un cicatero que se gana la pasta a costa de los curellos.

Zyed se prepara un café, se enciende un pitillo. Café y cigarro —un clásico—, desde hace no sé cuántos años repite el mismo ritual al despertarse. Se lo pule en treinta segundos —sin duda exagero, un minuto como mucho— y se peta otro

seguido. Se traga un sorbo de café y coge una lata de cerveza del pack trabado bajo la mesa plegable. Abre la birra y la vacía de un trago, y se da cuenta de que se estaba muriendo de sed. Se acostó seco, deshidratado. Paname¹ atraviesa una ola de calor, una canícula interminable. Ya hace casi dos semanas que los chirris y los viejos la están palmando en el Hexágono.

Zyed libera el fregadero de vasos y de dos tenedores para lavarse. Se limpia con un guante de baño, le molaría disponer de una ducha para meterse entero bajo el agua fría. No puede darse ese lujo, pero vaya, no es para tanto. Se refresca el careto y, poco a poco, vuelve en sí —sin esplendor, todavía demasiado colocado de la noche anterior—. Se limpia, frota, sobre todo debajo de los sobacos, odia sentirse guarro. Utiliza la toalla azul para secarse, se pone unos gayumbos, calcetines, un chándal ligero y una camiseta blanca. Se pone las bambas, se cepilla los dientes, se prepara una raya. Zyed le da al speed. Esnifa, inspira y baja al bar.

¹ Nombre argótico que se le da a París. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 2

El bistró de abajo, El Fabuloso, a dos calles del metro Porte de Clichy, un agujero. Un antro de pobres regentado por el patrón, Mohand, un viejo cabil que vota a Marine Le Pen (aunque prefería al padre). Zyed se mete en el bar, colocado de la noche anterior, y de la otra, y de la otra... Sus colegas del bar son como su *family*, aunque solo los vea aquí, en ningún otro sitio. Zyed cruza El Fabuloso y se acomoda en la barra al lado de Sergio, un moro que en realidad se llama Karim. Sergio es un trolero, un corrido que se hace pasar por un tano. Todos le creen, porque a todos se la suda. En la otra punta de la barra está Bernard «el Gordo», un palurdo que la palmará de cáncer dentro de dos años, aunque nadie lo sepa, excepto yo y, ahora, tú.

Zyed también se encuentra con Fabrice y su maroma Mélanie, y la vieja Simona, septuagenaria, alcohólica-tabaquista como los demás. Al contrario de Bernard, ella nunca se morirá. Ningún otro tardo en el antro de Mohand. Zyed saluda a sus amigos, da palmadas y la choca, besa a Mél y a Simona. Le encantan sus colegas, «su *family* adoptiva», como dice a menudo, aunque importen poco para la continuación del libro y seguramente ya no los veamos hasta el final de la historia.

Zyed no tarda en pedir una cerveza, una caña, y no sabe si jalar un bikini o un bocata de chicharrones finos. Por comer algo, porque no es bueno tener el estómago vacío, pero no tiene nada de hambre. Duda, pero al final, pasa. Ya se zampará algo más tarde, quizás esta noche. No para de adelgazar, Zyed, y sus ojeras son cada vez más profundas. Tiene treinta y dos, pero le echan quince más. Mohand, el patrón de El Fabuloso, le sirve una cerveza a Zyed, que brinda con Fabrice, Mél y Sergio.

Bernard, apoyado encima de la barra, está rascando un juego. Se encoge de hombros.

— ¡Nada! Hoy ni me haré millonario ni me iré de putas.

Todos se parten de risa, salvo la vieja Simona. Nunca ha tragado a Bernard, porque para ella, es un paleta. Se limita a mirarlo con desdén, agitando un abanico delante de su cara. En cambio, a Zyed, le cae bien Bernard, debo decir que le cae bien casi todo el mundo. Fabrice está hablando de algo de lo que no tiene ni idea, no puedo decir exactamente de qué, pero es sobre Oriente Medio, y a todo el mundo se la suda excepto a Mél, que le parece un tío brillante. Simona le da un sorbo a su Kir, se queja del calor y de estar muriéndose lentamente. Se pone a escuchar a Fabrice. ¿Qué sabrá él de Oriente Medio? Le parece un tonto del culo. En realidad, Simona no soporta a ninguno de los parroquianos de El Fabuloso, salvo al patrón, que tiene buenas ideas políticas, y a Zyed, que le parece simpático. La vieja está amargada. Viuda desde 1999, echa de menos a su Raymond y nos cuenta que empezó a empinar el codo cuando él murió, pero o miente o le falla la memoria. Siempre ha bebido, sus viejos le echaban vino en el biberón cuando era una niña. Y siempre ha sido una amargada, aunque su carácter de mierda empeoró a partir de 1999. Raymond las pasaba canutas con ella, lo humillaba las 24 horas del día «por su bien». Como ella odiaba a los críos, nunca quiso tenerlos, muy a pesar de su difunto marido.

Sergio se termina la copa de rosado, pide otra y se dirige a Zyed.

— Tengo que contarte algo, vas a alucinar. Ayer, ya sabes, estuve en una fiesta...

— No, no sé...

— Sí, ya te lo dije, que me habían invitado a una megafiesta, algo alucinante, nunca has visto nada igual, en un tríplex, un cuádruplex incluso, no sé si se dice así, pero algo increíble, como nunca has visto. De todos modos, ya sabes, te lo dije, fue una piba que me metió allí, fue en casa de un productor, un yanqui, parece que el tipo, cuando viene a París, organiza megaorgías en Ardisson...

Superciego, Sergio habla rápido y le suelta sin parar la trola de su *life*. Zyed no consigue seguirle, empanado, incapaz de concentrarse. Aunque Sergio le cae bien, cada vez está más pelmazo. Sergio habla demasiado, sin parar, infatigable, sin preguntarse nunca si a sus interlocutores les importa una mierda lo que está contando. La voz de Sergio se convierte en un cotorreo interminable, un ruido de fondo que se te mete en la mollera, mucho peor que los acúfenos. Zyed está harto, «cómo se puede ser tan egoísta».

—En fin, entonces la tía me dice «¡vente pa'riba!». Yo, como si na', sigo a la piba...

A Zyed le caen gotas de sudor por la frente. Le rechinan los dientes, tiembla, pierde paciencia, y la droga no le ayuda a calmarse. Zyed, agobiado, se permite interrumpir a Sergio:

—Sergio, porfa, tío, estoy muerto. Acabo de despertarme, estoy hecho polvo, y te me tiras encima a saco, sin piedad...

—¡Espera, que te cuento! —insiste Sergio—. La tía se me lleva arriba...

Para Zyed, esto es la gota que colma el vaso. Se le cruzan los cables y da un golpe en la barra.

—Joder, Sergio, te lo juro, ¡me sacas de quicio! Te digo que me acabo de despertar y a ti te la suda, no me respetas, siempre actúas como si todos fuéramos transparentes, como si no existiéramos. ¿No lo pillas? Ahora mismo, solo quiero beberme mi cerveza, en paz, con calma, no quiero pasarme media hora concentrándome en tu historia.

Sergio da un paso atrás, parece sorprendido, no está acostumbrado a que Zyed reaccione de esta manera.

—Oye, tampoco te pases, solo quería contarte...

Se da cuenta de que tiene que cerrar el pico e ir a hincharle las pelotas a otro. Se da la vuelta, y se incrusta en el monólogo geopolítico de Fabrice.

—¿De qué estás hablando, Fab?

Zyed termina su cerveza, tan irritado con Sergio como consigo mismo. Y ahora se arrepiente, se siente culpable por haber sido tan duro. Pero el otro, si no lo cortas, no tiene límites, nunca sabe cuándo parar. Zyed rezonga por lo bajo, cabreado.

Afortunadamente, el efecto de la birra no tarda en subirle al cerebro. Zyed se tranquiliza, relativiza el asunto. Después de todo, no es para tanto. Se mete las manos en los bolsillos del chándal y se da cuenta de que se ha dejado la guita en casa. *No problem*. Llama a Mohand —que está escuchando a Fabrice— y le pregunta si puede darle veinte pavos. El patrón acepta, saca un billete de la caja y se lo da a Zyed. Se muestra confiado, Zyed no es como los otros moros, él bebe.

Zyed le da las gracias —«te lo devuelvo luego»— y se escabulle del bar. Cambia de acera, se mete en el bareto de enfrente, regentado desde hace cinco años por chinos y colonizado por tipos de Clicli.² Toma asiento en una mesa y saluda a Rascos, un tío nervioso con la cabeza rapada. Plantado frente a los aseos, Rascos llega rápidamente, se sienta frente a Zyed. El Chino enseguida viene a tomarle el pedido.

—Lo siento —se disculpa Zyed—, no me quedo, me voy enseguida.

El Chino se marcha renegando algo en un inaudible mandarín. Está harto de todos estos tipos que entran en el bar y no consumen.

—¿Qué quieres? —le pregunta Rascos a Zyed—. Hoy tengo nieve.

—No, está bien, lo de siempre, veinte pavos.

Llevan a cabo la transacción por debajo de la mesa, discretamente, pero tampoco tanto. Al Chino le da igual, les deja hacer su negocio, quizás no se da ni cuenta del tráfico que hay en su bareto. Zyed se larga con su tate. No es del afgano, pero tampoco está mal, potable, ya le vale. Zyed vuelve a El Fabuloso para vaciar una cerveza antes de irse a su keli. Se fuma un porro, coge sus cosas, vuelve a bajar para pagar a Mohand e irse a currar.

² Sobrenombre que se les da a los tipos que vienen de la Place de Clichy, en París. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 3

Zyed sube al metro, línea 13, la más jodida de Paname. Pero como solo son las diez y media de la noche, pasa, el vagón está tranquilo. Se baja en Place de Clichy, coge la dos, se instala delante de dos pibitas que van de metal gótico, a priori adolescentes, que se parten de risa hablando de un tal Martin a quien una tal Fanny le dejó «completamente colgado». Zyed sonríe al ver a estas dos adolescentes riéndose, con cervezas en las manos, despreocupadas. Sus risas son contagiosas, parecen felices, pero paran de golpe cuando un tipo sin piernas entra en el vagón y fastidia el ambiente, se arrastra entre los viajeros para reclamar una poco de pasta. La minusválida llega delante de Zyed y de las dos chicas, se prosterna —«¡una limooosniiiiita!»—.

—¡Lo siento, no llevo nada! —Zyed miente, pues lleva al menos cuarenta pavos en los bolsillos.

Las dos chicas desvían la mirada, se bajan unas cuantas paradas después, en Charles de Gaulle-Étoile. Zyed no se da ni cuenta de que está pataleando, triscando y temblando y apretando la mandíbula. Quiere colocarse. Beber, fumar, esnifar, meterse una buena. Ojalá aparezca Jacko esta noche.

Destino: el metro llega a Porte Dauphine.

Zyed sale del metro y se aleja de la parada. Afuera el calor es agobiante, más de treinta y cinco grados a esta hora, y no estoy exagerando. Zyed piensa que nunca había conocido semejantes temperaturas, que el mundo se va a la mierda, pero el calentamiento global no le preocupa mucho. Morirá antes del colapso. Aunque no es consciente de ello, a Zyed le gustan los colores del cielo durante el crepúsculo, azul y rosa, un poco amarillo e incluso verde. Le tranquiliza.

Hace una parada en el colmado, compra una botella de whisky y papel de liar. Luego va a la plaza de Maréchal de Lattre de Tassigny. Saluda a Jules, saluda a Ousmane, saluda al otro, que siempre va vestido de negro y se mete Subu, y al moro a quien le metieron una puñalada el verano pasado y estuvo a punto de palmarla. Zyed cruza la rotonda, se mete en el Bois de Boulogne, toma el camino que conduce a la Porte des Sablons. Y los colores del crepúsculo dan paso a la oscuridad de la noche.

MALPASOYCÍA

CAPÍTULO 4

Como cualquier sábado noche de agosto, la zona está repleta de visitantes. Los vehículos en fila india atascan las calzadas y los paseantes pululan por este burdel al aire libre. Zyed lanza miradas furtivas a su alrededor, a la derecha, a la izquierda, detrás, nunca se sabe. Luego se aventura por el pequeño sendero que se adentra en el bosque, lejos de la calzada iluminada por faros y farolas. Barre con la mirada detrás de él una vez más, asegurándose de que nadie le sigue. Últimamente, el bosque está peligroso, megachungo, más *hardcore* que París Norte. Tres agresiones con cuchillo desde el mes de junio. Una mujer hawaiana desapareció, volatilizada, y en febrero, una peruana, llamada Jessica, fue atropellada por un carro —homicidio voluntario—. También hay muchos chorizos y tíos de los suburbios que vienen a meter bulla, por no hablar de los habituales hinchas borrachos que llegan después de los partidos del Parc des Princes. Los dioses se rebelan, los astros se desalinean. Zyed sale del camino y se hunde en los abismos del Bois de Boulogne. Se detiene al pie de su árbol, bueno, el que se ha apropiado. Deja su bolsa de deporte en el suelo y se desnuda rápidamente. De su bolsa saca una falda amarilla flúor y un top rosa bombón. Se viste y se pone la peluca morena con corte bob sobre la cabeza rapada. Coge el bolso, mete el whisky, el tabaco, su viejo teléfono y un jersey. Su bolsa de deporte se quedará toda la noche al pie de su árbol, nadie viene nunca por aquí. Zyed intercambia sus bambas por unos zapatos de tacón y se maquilla a ciegas, en la oscuridad del bosque. No necesita molestarse con los detalles, sus clientes no le verán muy bien en las tinieblas, y rara vez buscan en él elegancia y sutileza. Se embadurna los labios con

un rojo brillante, se pone un poco de purpurina en los pómulos, la pifia con el rímel. Y Zyed se transforma en Chicha.

Y Chicha sale a la calle.

MALPASOYCÍA

CAPÍTULO 5

Chicha no es como algunas de las mujeres del paseo Reine Margaritha, guapas y hormonalmente mejoradas, a veces operadas y cuyas tarifas por un pase pueden ascender a cuarenta pavos. No, Chicha baja los precios a gusto del putero, acepta muchas cosas, casi todo. Sus clientes quieren guarradas, *hard-core*, lo que-no-hacen-en-casa. Dicho esto, es imposible trazar un patrón típico del putero. Chicha ya se la ha chupado a un famoso de la tele —yo sé a quién, pero no soy un chivato—, también viene a verla con asiduidad un médico, a veces tiene a un abogado y, vete a saber por qué, bastantes profes. Chicha deleita a buenos padres de familia, a viejos donnadie, pero también a otros más miserables que vienen a pulirse las ayudas en una mamada o un polvo, a quinquis y a algunos yonquis. A Chicha le importan una mierda las etiquetas. No juzga. Lo único que le importa es la pasta, para sobrevivir y pasar la noche. Llega a su acera y se encuentra con sus amigas, Berta, Ludo y Pauline, travestis como ella. Ludo, un payo subido a altos tacones, le va más la polla, pero a menudo se siente mujer. Chicha les da un beso, contenta de verlas, porque estas tres son para ella como su *family*, aunque nunca las ve fuera del bosque.

—¡Hola, guapas!

—¡Hola, Chicha! ¿Cómo estás, preciosa?

Un buga lleno de tíos reduce la velocidad al llegar a su altura, baja una ventanilla y un negro, de dieciocho tacos como mucho, con la capucha en la mollera, con unas Ray-Ban de chulo playa y piedras brillantes alrededor del cuello, asoma la cabeza y les hace la peineta: «Follaros a vuestros muertos, ¡travelos!».

—¡Que te den por culo, negro de mierda! —Berta lo manda a paseo, de día es Julien, con su metro noventa, peluca pelirroja y rizada, ropa de látex y botas altas de cuero de dominatrix.

Ella se dirige a Chicha.

—Estamos así desde hace un rato. ¡Es un no parar! No sé qué les pasa esta noche, están desmadrados. Y eso que no es luna llena.

—Es por la canícula —responde Pauline, esta noche rubia, mañana morena, pasado mañana azul, casi en pelotas, rozando la exhibición indecente—. Tienen calor, eso les vuelve agresivos.

—No los soporto —arremete Ludo.

Chicha es más pacífica, no siente tanta rabia contra los quinquis que, sin embargo, cada noche, las acribillan a insultos. Ella sabe que, ya vaciados y lejos de las miradas abrumadoras de sus amigos, muchos de ellos recuperan su humanidad y se vuelven tan mansos como corderos. Por su curro, Chicha sabe un rato de psicología, de las profundidades de la mente humana y de sus misterios. Sabe lo que es el peso de la sociedad, sabe que demasiados tíos juntos se transforman en lobos, que con la brutalidad puede convivir la ternura, que a veces la violencia esconde sufrimiento. Chicha no es consciente de todo lo que sabe, todo esto es intuitivo. Soporta la violencia verbal con calma, pero su tolerancia tiene un límite: nadie toca su integridad física, nunca, y ni de coña va a dejar que la estropeen. Los insultos le importan una mierda, pero solo ella se autoriza a maltratar su cuerpo. Su amiga Berta acepta que la golpeen, pero nunca gratis. La pueden apalizar, linchar, amoratar, reventar, pero por mucho dinero —no tanto, desde mi punto de vista. Cada uno tiene sus límites—.

A Chicha la han agredido cuatro veces en el bosque de Boubou,³ y se considera afortunada. Cuatro veces, sin contar las hostias que ha recibido por doquier de clientes insatisfechos

³ Diminutivo afectivo e irónico para referirse a una parte del Bois de Boulogne, conocido en París por ser el sitio de trabajo de muchas prostitutas, un parque situado en el límite occidental de la ciudad. (*N. de la T.*)

o de gamberros pasados de revoluciones. Su primera agresión fue la más violenta. Dos tíos se abalanzaron sobre ella para robarle el bolso y aprovecharon para desahogarse. No recuerda mucho, solo que se despertó en un charco de sangre, con la nariz reventada, las costillas rotas y la mandíbula destrozada. Dos semanas de baja por IPT, sin cobrar. Cuando volvió a la calle, tuvo que pensar el triple para recuperar el retraso. Fue su bautizo del Bois de Boulogne, dos meses después de su llegada, para que captara en qué mundo acababa de aterrizar. Su última agresión, el mes pasado, estuvo a punto de convertirse en una tragedia. Un putero le dio un puñetazo en la boca antes de intentar apuñalarla para recuperar su pasta. Nada más sacar la navaja, Chicha se puso a chillar, sus amigas aparecieron y el tío salió pitando. Aquella noche, Ludo, Berta y Pauline, seguramente, le salvaron la vida a Chicha.

Bienvenida al Bois de Boulogne.

MALPASOYCÍA

CAPÍTULO 6

Chicha saca la botella de whisky, bebe un trago, un segundo, y como nunca hay dos sin tres, un tercero. Luego se la pasa a Berta, la más joven y menos experimentada del grupo. Berta, por mucho que esté cachas, sea alta y curvilínea, es vulnerable y no conoce muy bien la capital. Julien —de día— es de una pequeña ciudad cerca de Bourges. Pasó toda su infancia con su tío, quien, al percatarse de la inclinación de Julien por los hombres, lo violó durante años. Era por su bien, para educarlo enseñándole lo que les gustaba a los maricones y lo que se les hacía. Julien huyó de su tío y llegó a la capital, así, sin pensar, sin un objetivo concreto. En la calle, se espabiló como pudo, robos y prostitución, y Étienne, alias Pauline, lo recogió una noche de invierno en Porte de Clignancourt. Ahora son inseparables, viven juntas en un piso de la calle Poulet, en Château-Rouge. Pauline ya tiene antigüedad en este bisnes, conoce esta calle desde hace casi veinte años y creció en la ciudad tristemente famosa de Outreau,⁴ un pueblucho que abandonó un año antes del escándalo. Un poco activista, frecuenta a los miembros del STRASS, «el sindicato hace un supertrabajo». Hace dos años, Pauline enchufó a Berta en las aceras del Bois de Boulogne a cambio del precio de su puesto: cuatro mil euros. Ludo, su compañero de piso, es de Tourcoing, acostumbrado a ir a Rotterdam pa' pillar jaco. Después de haber pasado por la cárcel, hoy se mete metadona y alcohol. Como ya decía antes, Ludo a menudo se siente mujer —eso fue lo más

⁴ En Francia, el caso Outreau se refiere a una causa penal por agresiones sexuales a menores ocurridas entre 1997 y 2000, así como a un caso de error judicial vinculado en particular a la detención preventiva entre 2001 y 2004. (*N. de la T.*)

difícil en el armario—, y eso, asegura él, desde que nació. A su familia también le costó.

Chicha recupera la botella y se separa del grupo para ir a putear sola. Quiere mucho a sus colegas, pero prefiere estar sola. Se aleja de la calzada, se posiciona al borde de la maleza, observa el ir y venir de los bugas y los puteros que rayan la acera. Ella intercepta sus miradas, les lanza sonrisas, guiños, unos «¡ven, cariño!». Mima mamadas y pajas, a veces se levanta la falda para exhibir su polla y menearla un poco. Un tipo bajito, calvo y barrigón, deambula delante de Chicha, le echa una mirada rápida antes de bajar la cabeza y seguir su camino. Chicha observa el juegucito, le silba:

— Ven aquí, ¡guapetón! Que te la chupo hasta el fondo, yo soy la puta ama de las mamadas. ¿A dónde vas? No te hagas el tímido...

Pero el paseante se pira sin mirar atrás. Un *voyeur*, quizás un *fantasero* sexual, fijo, piensa Chicha. En realidad, el tío se llama Jérôme, se pudre en un catre, nunca ha tenido una relación sexual, solo conoce las pajas. No curra, no tiene familia ni colegas, vive aislado y buscándose la vida, va sucio y come mierda, bocatas o latas. Y, de hecho, se pasa la vida en el Bois de Boulogne para dopar sus fantasías sexuales cuando se pajea por la noche antes de dormir. El bosque le fascina, es la tercera vez en su vida que viene en dos semanas. Es increíble que haya descubierto el lugar ahora; tan solo lo conocía de nombre y de reputación, a través de reportajes de mierda. Nunca se había atrevido a merodear por la zona y ahora piensa en ello las 24 horas del día. En el bosque, no está tranquilo. Sus expediciones nocturnas le estresan y le excitan, y es adicto a la adrenalina. Por lo demás, Jérôme se pasa los días delante del ordenador, se mete porno por un tubo, un verdadero adicto a las películas XXX. Sus categorías favoritas son: «BDSM», «bukake», «dilatación», «porno blando», «corrida», «PTHC», «fisting». La palmará dentro de siete años de un ataque al corazón en su cuartucho de Porte de Vanves. No sé por qué te estoy hablando de él, no sirve para una mierda en esta historia.